

aquello ardiendo en calor, apestando á sudor, y hecho... ya lo comparé bien, un infierno.

Luego que vieron que me arrimé á la mesa á ver jugar, pensando que tenía dinero, me proporcionaron por asiento la esquina de un banco que tenía una estaca salida y se me encajaba por mala parte, dejándome hecho monito de vidrio.

Sin embargo de mi incomodidad, no me levanté, considerando que entre aquella gente era demasiada cortesía. Saqué medecillo y comencé á jugar como todos.

No tardé mucho en perderlo, y seguí con otro que corrió la misma suerte en menos minutos, y no quise jugar el tercero por reservarlo para pagar la posada.

Ya me iba á levantar, cuando el coime me conoció y me dijo: — Usted ¿á quién venía á buscar? Yo le dije que á don Januario Carpeña (que así se apellidaba mi compañero). Rieron todos alegremente luego que respondí, y viendo que yo me había ciscado con su risa, me dijo el coime: — ¿Acaso usted buscará á Juan Largo el entregador, aquel con quien vino la otra noche? — No lo pude negar; dije que al mismo, y me contestó: — Amigo, pues ése no es don ni doña, cuando más y mucho, será don Petate, y don Encuerado como nosotros...

A este tiempo fué entrando el susodicho, y luego

que lo vieron, comenzaron todos á darle broma, diciéndole: — ¡Oh, don Januario! ¡Oh, señor don Juan Largo! Pase su merced. ¿Dónde ha estado? — y otras sandeces, que todas se reducían á mofarlo por su tratamiento que yo le había dado.

Él no me había visto, y como lo ignoraba todo, estaba como tonto en vísperas, hasta que uno de los encuerados, para sacarlo de la duda, le dijo: — Aquí ha venido preguntando por el caballero don Januario Garrapiña ó Garrapeña el señor, — y diciendo esto me señaló.

No bien me vió Januario, cuando exaltado de gusto no tuvo su amistad expresiones más finas con que saludarme que echarse á mis brazos y decirme: — *¿Es posible, Periquillo Sarniento, que nos volvemos á ver juntos?* — En cuanto aquellos hermanos oyeron mi sobrenombre, renovaron los caquinos, y comenzaron á indagar su etimología, cuya explicación no les negó Januario.

Aquí fué el mofarme y el *periquearme* todos á cual más, como que al fin eran gente soez y grosera; yo, por más que me incomodé con la burla, no pude menos sino disimular y hacerme á las armas, como dicen vulgarmente; porque si hubiera querido ser tratado de aquella canalla según merecían mis principios, les hubiera dado mayor motivo de burlarme. Estos son los chascos á que se expone el hombre flojo, perdido y sinvergüenza.

Cuando me vieron tan jovial y que, lejos de amohinarme les llevaba el barreno, se hicieron todos mis amigos y camaradas, marcándome por suyo, pues según decían, era yo un muchacho corriente, y con esta confianza nos comenzamos todos á *tutear* alegremente. Costumbre ordinaria de personas maleriadas, que comienza en son de cariño y las más veces acaba con desprecios, aun entre sujetos decentes.¹

Cátenme ustedes ya cofrade de semejante comunidad, miembro de una academia de pillos y socio de un complot de borrachos, tahures y *cuchareros*. ¡Vamos, que en aquella noche quedé yo aventajadísimo y acabé de honrar la memoria de mi buen padre!

¿Qué hubiera dicho mi madre si hubiera visto metido en aquella indecentísima chusma al descendiente de los Ponces, Tagles, Pintos, Velascos, Zumalacárreguis y Bundiburis? Se hubiera muerto mil veces, y otras tantas habría resuelto ponerme al peor oficio, antes que dejarme vagabundo; pero las madres no creen lo que sucede, y aun les parece que estos ejemplos se quedan en meros cuentos, y que aun cuando sean ciertos no hablan con sus hijos. En fin, nos acostamos como pudimos los que nos quedamos allí, y yo pasé la noche como Dios quiso.

¹ El tratamiento de *tú*, lejos de aumentar la amistad, como se creen algunos vulgares, la disminuye; porque á la demasiada confianza ordinariamente sigue el menosprecio, á éste el sentimiento, al sentimiento el enojo, y... ¡adiós amistad! Un tratamiento político y cariñoso conserva los buenos amigos.

Seis ú ocho días estuve entre aquella familia, y en ellos me dejó Enero sin capote, pues un día me lo pidió prestado para hacer no sé qué diligencia; se lo llevó y me dejó su zarape. A las cuatro de la tarde vino sin él, quedándome yo muerto de susto cuando me contó mil mentiras, y remató con que el capote estaba empeñado en cinco pesos.—¡En cinco pesos, hombre de Dios!—dije yo. ¿Cómo puede ser eso, si está tan roto y remendado que no vale veinte reales?—¡Oh, qué tonto eres! me contestó; si vieras los lances que hice con los cinco pesos, te hubieras azorado; ya sabes que soy trepador. Me llegué á ver como con... yo te diré. Quince y siete son veintidós, y... ¿nueve? treinta y uno... ¿y doce? en fin, como con cincuenta pesos, por ahí.—¿Y qué es de ellos? pregunté.—¿Qué ha de ser? dijo Enero: que estaba yo jugando la *contrajudía* cerrada; le puse todo el dinero á un tres contra una sota, y...—Acaba de reventar, le dije; vino la sota y se llevó el diablo el dinero ¿no es eso?—Sí, hermano, eso es; ¡pero si vieras qué tres tan chulo! *chiquito, contrajudio, nones, lugar de afuera...*¹

¹ Lllaman *regla*, los jugadores, á cualquier orden de cartas ó combinaciones que eligen para jugar. Así es que grande y chica es una regla, y ésta no tiene que explicar, pues que dos cartas que se echan sobre la mesa, una tiene tantos superiores, y ésa es grande; así como la que tiene tantos menores es chica. Si una, por ejemplo, es 4 y la otra 3, la primera será grande y la segunda chica. Judía, quiere decir la más grande en las figuras y la más chica en las cartas blancas.—*Contrajudía*, viceversa. Pares y nones, los números pares ó impares; pero la gracia está en saber distinguirlos cuando las dos cartas son de una misma clase, v. gr. salieron 2 y 4, ambos son pares; ¿cuál será el par y cuál el non? Salieron 7 y 5, ¿cuál de los dos es el par? Esto lo explican con alguna confusión; pero sabiéndose que la *mayor conserva su valor* se aclara todo. Así es

¡vamos, si todas las llevaba el maldito tres! — ¡Maldito seas tú, y el tres, y el cuatro, y el cinco, y el seis, y toda la baraja, que ya me dejaste sin capote! ¡Voto á los diablos! ser la única alhaja que yo tenía, mi colchón, mi cama y todo, ¿y dejarme tú ahora hecho un *pilluanejo*? — No te apures, me dijo Enero, yo tengo un proyecto muy bien pensado que nos ha de dar á los dos mucho dinero, y puede sea esta noche; pero has de guardar el secreto. Por ahora ahí tenemos el *sarape* que bien puede servirnos á ambos.

Yo le pregunté qué cosa era. Y él, llevándome á un rincón del cuartito, me dijo: — Mira, es menester que cuando uno está como nosotros se arroje y se determine á todo; porque peor es morir de hambre. Sábetelo, pues, que cerca de aquí vive una viuda rica, sin otra compañía que una criada, no de malos bigotes, á la que yo le he echado mis polvos, aunque nada he logrado. Esta viuda ha de ser la que esta noche nos socorra, aunque no quiera. — ¿Y cómo? le pregunté. — A lo que Enero me dijo: — Aquí en la pandilla hay

que, en el primer caso, el 4 es par y el 2 non. En el segundo caso, 7 es non y 5 par. En las figuras hoy la sota representa 8, el caballo 9 y el rey 10; pero en la época de que se habla en la obra, como las barajas tenían ochos y nueves, la sota representaba 10, el caballo 11 y el rey 12. Así es que siempre, para los pares y nones, quedan sujetos á la regla general de la *mayor*, etc. — *Lugar de dentro y de afuera*. El primero es en el que se echa la primera carta que sale ó el que en las carpetas ó cueros está marcado con el núm. 1, y el segundo con el núm. 2.

Hay otras muchísimas reglas que se inventan, según el capricho de cada jugador; pero esta nota debe reducirse á aquellos de que hace mención la obra en este lugar. E.

un compañero que le dicen *Culás el Pípilo*, que es un mulatillo muy vivo, de bastante espíritu y grande amigo mío. Éste me ha proporcionado el que esta misma noche entre diez y once vayamos á la casa, sorprendamos á las dos mujeres, y nos habilitemos de reales y de alhajas, que de uno y otro tiene mucho la viuda.

Todo está listo; ya estamos convenidos, y tenemos una ganzúa que hace á la puerta perfectamente. Sólo nos falta un compañero que se quede en el zaguán, mientras que nosotros avanzamos. Ninguno mejor que tú para el efecto. Conque aliéntate, que por una chispa de capote que te perdí te voy á facilitar una porción considerable de dinero.

Asombrado me quedé yo con la determinación de Enero, no pudiendo persuadirme que fuera capaz de prostituirse hasta el extremo de declararse ladrón; y así, lejos de determinarme á acompañarlo, le procuré disuadir de su intento, ponderándole lo injusto del hecho, los peligros á que se exponía y el vergonzoso paradero que le esperaba si por una desgracia lo pillaban.

Me oyó Enero con mucha atención, y cuando hice punto, me dijo: — No pensaba que eras tan hipócrita ni tan necio, que te atrevieras á fingir virtud y á darle consejos á tu maestro. Mira, mulo; ya yo sé que es injusto el robo y que tiene riesgos el oficio; pero dime: ¿qué cosa no los tiene? Si un hombre gira por el comer-